

**Roger-Pol
Droit**



**Volver a
ser niño**

**Experiencias
de filosofía**


PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Esprit d'enfance*, de Roger-Pol Droit

1.^a edición, enero de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Odile Jacob, 2017

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2018

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

Diseño e ilustración de la cubierta y del interior: © Carlos Cubeiro

ISBN 978-84-493-3405-4

Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.

Depósito legal: B. 25.088-2017

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Antes de empezar 13

Desbrozar 15

La bola de cristal

Ejercicio de definición

Lo que yo llamo el espíritu de la infancia

No saber hablar 33

La mica

Ejercicio de observación

El espíritu de la infancia no habla, y lo dice todo

Hablar sin saber 45

Las Termópilas

Ejercicio de inatención

El espíritu de la infancia habla sin saber lo que dice

Desvariar 55

La trementina

Ejercicio de ilogismo

El espíritu de la infancia desvaría y por eso hace pensar

Jugar sin fin	65
Maillot	
Ejercicio de desapego	
El espíritu de la infancia juega eternamente	
Emocionarse siempre	79
Kodak	
Ejercicio de emoción	
El espíritu de la infancia ríe-llora	
Entontecerse divinamente	91
La salvación del ángel	
Ejercicio de incomprensión	
Inepto como Dios	
Vagabundear siempre	105
El metal rojo	
Ejercicio de movilidad	
El espíritu de la infancia es sedentario y nómada	
Reiniciar	115
Disolvente	
Experiencia de refrescamiento	
El espíritu de la infancia es comienzo	
Extraerse del tiempo	127
Los budas	
Ejercicio de eternidad	
Lo exterior al tiempo reside en él	

Extraerse de sí mismo

139

El Zorro

Ejercicio de salvajismo

El espíritu de la infancia no es inocente

Epílogo

149

El arte del desequilibrio

Pictogramas

¿Cómo es posible que los niños pequeños sean tan inteligentes y la mayoría de los hombres sean tontos? Debe de ser la educación.

Alejandro Dumas, hijo

Desbrozar



La bola de cristal

En mi escritorio tengo un pisapapeles de cristal.

Es esférico, o casi.

Es un objeto que he visto toda la vida.

No hay nada entre las cosas que uso habitualmente que sea para mí tan arcaico, tan primigenio, que esté tan arraigado en el fondo de mi memoria.

Dentro del cristal hay una flor de seis pétalos. No sabría decir exactamente si es azul eléctrico, azul marino o azul añil. Lo que es seguro es que es un pensamiento. Esa flor que se llama pensamiento.

Recientemente he sabido que esa flor figuraba a menudo en la categoría de objetos que sirven para decir «pienso en ti».

¿Quién pensaba en quién? No lo sé.

Esta bola de cristal pertenecía a mi madre, pero no sé de dónde la había sacado ni quién se la había dado.

Solo recuerdo que le tenía mucho cariño, que para ella era un objeto importante, muy querido.

De niño, me parecía que pesaba mucho, esos cientos de gramos me parecía que pesaban toneladas.

Durante años, me pasé horas y horas haciendo girar esa bola sobre una bandeja de metal.

De ese juego ha conservado las estrías, como una especie de pátina.

El cristal, en la parte superior, se ha vuelto mate. Se han incrustado una serie de rayas, unas esquirlas minúsculas, unas roturas de la superficie.

La flor, el pensamiento azul, ya no se ve bien. De lado se distingue mejor, pero ese ángulo deforma los contornos.

Esta bola me ha acompañado como un rosebud nunca extraviado ni roto.

Esta bola es exactamente igual que mi infancia: muda, y sin embargo parlante a su manera, aparentemente erosionada, pero inalterable.

Con un pensamiento dentro, venido de no se sabe dónde ni de quién, que ha atravesado el tiempo pero que es intemporal.

Un juego antiguo, sin palabras, que hace hablar.

Ejercicio

de definición

¿A ti qué te dice la palabra *infancia*?

Si oyes esta palabra, ¿en qué piensas inmediatamente? ¿En un recuerdo en particular, en una imagen de ti mismo en el pasado, en tus padres, en las personas que te criaron? ¿En un lugar, un objeto, un sabor, un olor? ¿En una sensación única, incomparable y secreta, enterrada en lo más íntimo de ti, en lo que te hace ser tú, como un elemento que perdura, frágil, pero incorruptible?

Yo, por definición, no lo sé. Eres tú quien debe buscarlo. Realmente.

Eres tú quien debe intentar responder, encontrar, recuperar o inventar.

Porque me gustaría no escribir este libro yo solo. Me gustaría que lo construyéramos juntos, paso a paso, página tras página.

Ya sé que seguramente te limitarás a leerlo. Me imagino que no garabatearás en los márgenes, que no intercalarás tus textos entre mis párrafos. Aunque bien mirado...

En todo caso, cada uno debería realizar estos ejercicios y meditaciones por su cuenta, a su manera, practicar los que yo propongo y poco a poco ir inventando los suyos. Cada uno tiene sus recuerdos, sus obsesiones, sus ternuras. Cada uno tiene sus reflexiones, sus ideas y sus asociaciones.

Si expongo los míos, o por lo menos algunos, no es para exhibirlos, y menos aún para imponerlos. Lo hago solo para dibujar un trayecto, una especie de camino de aproximación a ese enigma que llamamos *infancia*. No se

trata de contar mi infancia, ni de volver a ella, ni de complacerme en ella.

Se trata más bien de reflexionar. Porque podría ser —y en realidad esta es la hipótesis de partida, el detonador que pone en marcha este recorrido— que no supiéramos, o que supiéramos muy poco de lo que pueda ser la infancia. Y eso hace que no la aprovechemos, que no saquemos de ella todo lo que podríamos sacar. No aprovechamos el espíritu de la infancia porque creemos saber lo que son los niños y la niñez. Nos sentimos seguros y tranquilos, ya sea por costumbre o por pereza..., o por las dos cosas a la vez. Esa comodidad idiota es lo que hay que empezar a sacudir, a resquebrajar, a deshacer. Más vale empezar a buscar. Retomar la pregunta, y empezar a desbrozar.

Este término tan corriente, tan banal, que empleamos continuamente, *infancia*, ¿qué sentido tiene para nosotros? ¿Qué definición darías tú?

El vocabulario corriente nos proporciona los primeros indicios: los niños, todos singulares, todos diferentes, tienen en común la *infancia*. La palabra puede designar a un conjunto de niños (la infancia diabética, huérfana, obesa, etc.). Más comúnmente, es el periodo de la vida humana que va del nacimiento a la madurez.

La infancia sería el tiempo de la simplicidad («un juego de niños», «la infancia del arte»), el tiempo del capricho y del candor («no te hagas el niño», «una mirada infantil»), el tiempo de la inferioridad («salir de la infancia», «volver a ser como un niño»).

Rumia estos elementos. Pregúntate si te convienen o no, y por qué. Esboza tu primera definición.

La mía es la siguiente.

Lo que yo llamo el espíritu de la infancia

Si has empezado a leer estas líneas, si comprendes su sentido, si puedes juzgar su pertinencia o sus insuficiencias, si eres capaz de formular objeciones, si puedes argumentar, decir por qué estás de acuerdo o no, ¡es que ya no eres un infante!

Porque *infante* significa etimológicamente «el que no habla», el que todavía no tiene acceso al lenguaje. Y por consiguiente *infante* también significa «el que no sabe juzgar», aunque sepa hablar, porque el infante según dicen no tiene acceso a la razón. El infante es pues un ser humano que no comprende, o que comprende mal, y que naturalmente no sabe leer.

Habéis sido niños y ya no lo sois.

¿Así de fácil? Todos sabemos que la infancia perdura en nuestras vidas, en nuestras acciones, en nuestros pensamientos y nuestros gustos. Pero no sabemos cómo. Hablamos de una huella, una influencia, un ambiente, hablamos del inconsciente, del determinismo, de una predisposición, de traumas...

La infancia no es simplemente un pasado.

No se reduce a la historia vivida por cada individuo en sus primeros años. Es una dimensión permanente de la existencia. Una dimensión psicológica, por una parte, pero no solo eso, ni mucho menos. Una dimensión metafísica, en realidad. No te dé miedo esta palabra: a lo mejor quiere decir que yo no sé nombrar esa dimensión ni decir en qué consiste.

Me gustaría buscarlo. Trazar un camino, dar unos pasos al me-

nos. Atisbar hasta qué punto la infancia supera a los niños, desborda las preguntas que estos suscitan.

La infancia es algo distinto de lo que pueden decir los pediatras, los historiadores, los sociólogos, los psicólogos, los etnólogos, los antropólogos y otros sabios, que sin duda no afirman nada que sea falso, pero tampoco nada que sea esencial. Pues solo tienen de la infancia visiones restringidas y parciales.

Por mi parte, no creo que la infancia esté acotada. Estoy convencido de que es indispensable distinguir entre la infancia —temporal, circunstancial— y el *espíritu* de la infancia. Uno pasa de la infancia a la edad adulta. Pero incluso sin saberlo, no abandona el *espíritu* de la infancia. Porque este no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio.

Sospecho que esa ausencia de fronteras y ese estatus enigmático reservan unas cuantas sorpresas. El espíritu de la infancia puede interrogar, tal vez desplazar, lo que llamamos «la razón», «el yo», «el tiempo», «la edad», «la inocencia»... y algunos otros pilares tanto de la existencia como del pensamiento.

Solo sé, como primera evidencia, que la infancia no es el niño, y que el espíritu de la infancia no se refiere a un solo periodo de la vida. Yo he sido un niño, hace mucho tiempo que ya no lo soy. En el momento en que escribo estas líneas, soy un hombre viejo, no un anciano, pero casi. El niño que fui ha desaparecido hace muchos años. No la infancia, por supuesto. Pero ¿qué significa este término?

¿El periodo inicial de mi vida? Sí, claro, pero no solamente. De esa infancia-periodo he conservado, como todo el mundo, recuerdos, herencias, nostalgias, impulsos, repulsiones... La infancia que viví, sigo prolongándola, como todo el mundo, a riesgo de reconstruirla o deformarla. Si es un periodo de la vida, nunca se cierra del todo, nunca es del todo un pasado.

Como una página que uno no gira nunca, que reescribe, o que

creo borrar. Se puede olvidar, con más o menos intensidad, por un momento más o menos largo. Se puede recomponer, reformular, transformar en superficie y en profundidad.

Pero no se puede abandonar definitivamente.

Romper con la propia infancia —totalmente, para siempre— es una imposibilidad. Sería romper con uno mismo, convertirse en otro, cambiar radicalmente de existencia, de subjetividad, de vida, de presencia. Sin duda, puede uno soñar con ello, a veces algunos días... Dejo en suspenso saber si se trata de días buenos o de días malos.

En cualquier caso, lograr semejante ruptura es imposible. Es tan imposible como convertirse en el primero que pasa. Salir absolutamente de la propia infancia sería salir de uno mismo. Eso no corresponde a ninguna realidad.

No se debe concluir sin embargo que uno esté atrapado en su infancia, metido en su trampa como una mosca en el ámbar, fijado allí para siempre. Nada nos impide movernos, trabajar esa pasta, transformar su sentido. Pero nunca será la infancia de otro. Sin estar verdaderamente atado a la propia infancia, uno no puede desprenderse de ella, como de una maleta o de un vestido.

Sin embargo, esa infancia no es todavía el espíritu de la infancia. Lo que yo busco es sin duda más extraño y más radical. Una reserva de vida, de creación, que los niños reales y las infancias vividas encarnan parcialmente, pero que es de otra naturaleza. Los pequeños, en todo lo que los afecta, proporcionan indicaciones, nos dan pistas que podemos seguir para componer el espíritu de la infancia. Pero nada más. Es algo que está por explorar, por descubrir. Y por elaborar también.

Porque el espíritu de la infancia no es un dato bruto. Es un extracto, un destilado, un aceite esencial. Uno puede haber tenido una infancia difícil, desdichada, incluso una infancia de pesadilla, haber hecho todo lo posible por escapar de ella, y sin embargo

conseguir encontrar, en el espíritu de la infancia, recursos para toda su vida. Pues no se trata de duplicar la propia infancia, sino de discernir en ella —tanto si ha sido fácil como difícil, protectora como amenazadora, armónica como caótica— elementos universales que permiten elaborar el espíritu de la infancia.

Si es el caso, habrá que ejercitarse modestamente. Practicar poco a poco el espíritu de la infancia, como se practica una lengua, un deporte, una disciplina, una ascesis. De todas formas, antes de dar una vuelta por esos parajes, conviene precisar en qué consisten.

En torno a la infancia gravitan asombros, éxtasis y descubrimientos. Y perduran independientemente del paso del tiempo. Un espíritu inaugural preside todos los aprendizajes de una forma indefinidamente reiterada. Ese espíritu de la infancia no pasa jamás, se reinventa sin cesar.

Ya no es un tiempo de la vida, es la vida misma del tiempo. Y la encarnación de sus paradojas.

El espíritu de la infancia tiene rasgos comunes con lo que los budistas japoneses llaman «el espíritu del principiante» (*shoshin*), que conjuga el deseo de aprender, la conciencia de ignorar y la ausencia de certidumbres. Este espíritu del principiante, en las antípodas de la suficiencia y de la maestría, lejos de la arrogancia de los expertos y de la confianza en uno mismo, es un comienzo perpetuo, un descubrimiento sin fin.

Llamo espíritu de la infancia a una manera de estar en el mundo que no tiene nada que ver con la edad ni con las competencias. Una mirada que se sorprende, que no sabe hablar de lo que ve, o que no habla de ello de forma hábil ni sabia. Una sensibilidad que las emociones sumergen, saturan, conmocionan, sin posibilidad de tomar distancia. Una voluntad, una fuerza que por sí misma no se preocupa de la realidad, que ignora los compromisos, los rodeos, el camino de los medios. Deseo y nada más.

Llamo espíritu de la infancia a una debilidad y una fuerza desmesuradas, que se conjugan y se metamorfosean la una en la otra. Que deben trabajarse, transformarse, pero que jamás pueden abandonarse, so pena de perder la propia vida.

Llamo espíritu de la infancia a un país cercano, donde todo convive, del que todo procede, donde todo vuelve, pero que sigue siendo prácticamente inaccesible.

Ese país solo podemos atisbarlo, rozarlo. Podemos aludirlo, más que nombrarlo o describirlo con exactitud. Lo observamos de reojo, porque nunca se ofrece directamente para que podamos recorrerlo.

Llamo espíritu de la infancia a ese lugar de todos los contrarios, el lugar transversal y secreto donde los opuestos coexisten, se entremezclan, se anudan unos con otros.

Es decir, que se trata efectivamente de lo impensable, pero no necesariamente de lo invivible.

Llamo espíritu de la infancia a esa conexión innumerable de los opuestos, a esa multiplicidad sin unidad, que es mucho más que una tierra de contrastes o un conjunto de paradojas.

Hay que extraer ese espíritu del río de los discursos, imágenes y representaciones acerca de la infancia, donde todo y su contrario se encuentran en un caos soberano.

En la historia del pensamiento, se ha hecho de la infancia una discapacidad, una desgracia, un estado miserable, animal, bestial y repugnante, una condición de la que hay que huir, un lastre, la huella y la prueba de la caída original, pero también una plenitud, una aurora destinada a decaer, un poder que hay que proteger, una naturaleza que hay que desarrollar, un recurso por descubrir.

La infancia ha desempeñado todos los papeles posibles e imaginables, según las épocas, los lugares, las obras y las vidas cotidianas, según los medios sociales, las culturas y las fantasías.

Ha encarnado al diablo y a Dios, el infierno y el paraíso, la impotencia y la soberanía, la debilidad y la fuerza, el bien y el mal, la ineptitud y la inteligencia, la falta de lógica y la sagacidad, la razón y la locura, la servidumbre y el dominio, el pasado y el porvenir, la paciencia y el capricho, la risa y las lágrimas, el juego y la seriedad... Pero no, como cabría pensar demasiado simplemente, siendo ora lo uno ora lo otro, esto aquí y aquello allí, ¡sino a menudo siendo todo a la vez, simultáneamente!

Las concepciones de la infancia, los innumerables rostros de niños de carne o de papel que la historia nos ha legado han sido escrutados de mil maneras por cantidad de disciplinas y creaciones. Deseo inventar un camino, no retomar los que ya han sido trillados, y son tantos...

Si fuese historiador, hablaría de los niños de Esparta, que vivían en grupo, aguerridos a la fuerza, obligados a enfrentarse y a superar el miedo a la oscuridad, a los combates y al hambre. Hablaría de los niños de Sócrates y de Cicerón, de las *nurseries* de los pequeños lores y de los *slums* de Londres, donde en la época de Dickens morían de agotamiento unos obreros de ocho años. Diría las costumbres, las instituciones, los modos de vida, los mapas mentales, las evoluciones, las rupturas, las continuidades y las discontinuidades.

Si fuera sociólogo, estudiaría las variaciones de la tasa de mortalidad, las fecundidades totalmente distintas. Describiría a los niños olvidados, esclavos, prostituidos, vendidos, explotados, rotos, aniquilados y a los que son mimados, protegidos, acompañados, educados, cuidados, instruidos. Clasificaría los códigos, los indicios, los datos de esas disparidades inauditas.

Si fuera psicólogo, exploraría los aprendizajes del crecimiento, los estadios del desarrollo, las etapas de la motricidad, la adquisición de la bipedestación, de la marcha, de la palabra, del razonamiento. Tendría a mi disposición análisis de la percepción, de los

afectos, de la autoconciencia, de las relaciones originales con el entorno, de la construcción de la relación con el mundo.

Si fuera etnólogo, seguiría las variaciones estructurales de lo que se llama infancia entre los pueblos nómadas, las sociedades ágrafas, la destrucción de los mundos tradicionales por efecto de la globalización. Explicaría los rituales, las iniciaciones, los sistemas de parentesco. Compararía, en la medida de lo posible, la naturaleza y la función de la infancia en culturas totalmente disímiles.

Pero no soy nada de eso. Tampoco soy demógrafo, psicoanalista, biólogo, pediatra, educador, antropólogo... Cada uno de los expertos dispone, acerca de la infancia, de cantidad de puntos de vista, conocimientos e hipótesis. Según los casos, son objetivamente pertinentes, intelectualmente interesantes y enteramente discutibles. Lo que yo quiero intentar es de otra naturaleza.

Como filósofo, no pertenezco, *stricto sensu*, a ninguna disciplina constituida. Mi mirada, mis andanzas, mis palabras no están regidas por las exigencias y las reglas estrictas de una ciencia definida. Evidentemente, no gozo de una libertad infinita, del privilegio absurdo de decir cualquier cosa a propósito de lo que sea.

Igual que cualquier otro, a veces más que otros, estoy obligado como filósofo al rigor, a la coherencia y la precisión. Pero poseo una forma de libertad de la que otros no gozan, pues la filosofía no tiene un objeto determinado. El filósofo no sabe lo que busca. Lo descubre y lo inventa a la vez, a base de ensayo y error, a tientas, pasando de una experiencia a otra.

Desde esta óptica, pregunto: «¿Qué es la infancia? ¿Se puede extraer su espíritu?», como si no lo supiese, como si nadie pudiera decírmelo de forma cierta. Ni siquiera los filósofos. Porque también entre ellos reina la cacofonía.

Sus juicios sobre la infancia no cesan de contradecirse. Descartes afirma, prolongando una larga y sólida tradición de desprecio,

que es «una gran desgracia haber sido niño antes de ser hombre». A la edad en que la razón aún no está formada, todos confían en lo que les dicen, sin poder someter a examen lo que les inculcan. El ser humano se halla pues expuesto al error, a las fábulas y a las ilusiones.

La desgracia de haber sido niños sería encontrar anclados en nosotros, como obstáculos para buscar la verdad, prejuicios, conceptos falsos, hábitos nocivos, juicios que nos extravían. Convertirse en filósofo equivaldría pues a liquidar la infancia, a deshacerse de esa reserva de trampas y obstáculos al «sentido común», es decir, a la razón, o a la capacidad de distinguir entre verdadero y falso.

Rousseau afirma lo contrario: ser filósofo es saber escuchar al niño que vive perpetuamente en nosotros, que siente lo justo y dice la verdad, que habla con la voz de la naturaleza, de la sabiduría, de la compasión, de la humanidad auténtica. Por lo tanto, siempre que no lo hayan corrompido y desfigurado excesivamente, el niño sería filósofo.

Pero las cosas no son tan sencillas. En el *Emilio*, Rousseau más de una vez se muestra cartesiano, separa la infancia y la edad adulta, distingue entre las capacidades de abstracción de esos dos mundos, y da más valor al segundo.

Sin duda, Nietzsche, en *Así hablaba Zaratustra*, es el único que considera la infancia como el estadio supremo de la evolución del espíritu, el último paso de la sabiduría, la inocencia final.

El tiempo en que los filósofos despreciaban la infancia —no veían en ella más que limbos en los que se balbucea, mutismo idiota y ataques de ira salvajes— ha pasado a la historia. Ya no se puede prescindir de la infancia, enviarla fuera del campo de la existencia digna, la del adulto, un sujeto supuestamente lógico y dueño de sí mismo. Desde hace varias generaciones se ha desararticulado esa vieja cadena que unía en una sola tropa a niños, mu-

jeros, esclavos, locos, salvajes y bárbaros como seres carentes de razón, inválidos del pensamiento, desprovistos de poder.

Esos marginados de la filosofía tenían en común, según decían, el hecho de mantener una relación algo coja con el *logos*, la palabra *razón*. Su acceso al pensamiento lógico se consideraba sesgado, alterado por su sensibilidad, sus emociones, su incapacidad natural para gobernarse. Tanta ceguera suscitó la rabia y la risa, y estas acabaron por romper los antiguos esquemas.

Pero no es seguro que nosotros los hayamos mejorado. Pues los inválidos del pasado se han convertido en héroes, modelos, ídolos. Se ha proclamado que el salvaje es más sabio, la mujer más perspicaz, el bárbaro más vivo, el loco más libre... Nos hemos persuadido de que el niño es el modelo absoluto, el maestro natural y fecundo, una fuente ilimitada de creatividad e imaginación.

Los oprimidos de antaño se han convertido así en los reyes de hoy. No estoy seguro de que esto sea bueno. Sin duda, a veces hay que compensar adoptando el sentido contrario, pero las consecuencias pueden resultar excesivas. A pesar de todo, esta inversión pura y simple, y por lo tanto demasiado simple, no deja de tener inconvenientes y efectos perversos.

La infancia ha pasado de muda a charlatana. De sometida, se ha vuelto dictatorial. De descuidada, ahora es omnipresente. Ella es ahora la que lo decide todo, cuando antes no se le concedía nada. Sin duda, ese movimiento del péndulo es algo general. Tal vez tenga como mérito satisfacer algún resentimiento. La venganza de los débiles siempre es justa, en cierto sentido. Y repugnante, en otro.

De hecho, ese cambio radical no cambia gran cosa. Si la infancia ha pasado del silencio a la logorrea, de la indiferencia a la obnubilación, de la periferia al centro de todo, es porque sigue sin reflexionarse lo bastante acerca de ella.

Sugiero, pues, que nosotros emprendamos esa reflexión. Juntos.

La *infancia* puede ser el nombre que se da a un periodo de la existencia, puede designar un determinado lapso de tiempo. La división de los comienzos de la vida humana no es evidentemente idéntica en la Grecia antigua, en la Francia de Luis XIV o en la China contemporánea. A pesar de todo, sea cual sea la manera como se establecen los límites entre las edades de la vida (infancia, adolescencia, edad adulta, edad madura, vejez...), la primera siempre es solo una etapa. Una vez pasada, ha terminado. Uno fue un niño y ya no lo es. Esta infancia como periodo se atraviesa, y luego se abandona para siempre, aunque queden huellas, vestigios, cimientos.

Lo mismo ocurre con la infancia como principio, la infancia como espíritu, como actitud, como mirada sobre la vida, aquella de la que quiero hablar. Esa infancia resulta totalmente independiente de las edades, del fluir del tiempo, de la secuencia de los distintos momentos de la existencia. Este espíritu de la infancia no es nada perecedero. No termina nunca. En el adulto, joven o maduro, o en el anciano, subsiste. Intacto. Hasta el último suspiro, perdura e insiste. Sin desgaste, sin distancia.

Este espíritu de la infancia —inalterable, inmóvil, inmutable— ¿de qué está hecho? ¿Cómo se reconoce? ¿Es posible cultivarlo? ¿Con qué finalidad, y de qué manera?

¡No te imagines que yo lo sé! No tengo el resultado antes de emprender el camino. Al iniciar este periplo, no tengo pensado ningún punto de llegada. Ignoro lo que quiero decir hasta que no llegue al final del recorrido. Hay que aproximarse a lo que no se sabe a tientas, casi a ciegas.

Se trata, pues, de abordar el espíritu de la infancia como un principio, una fuente permanente, detrás de las figuras innumerables de la infancia como periodo de la existencia, un principio anterior a las realidades indefinidamente diversas de todos los niños reales.

En esta búsqueda a tientas, libre, no dudaré en recurrir a lo que fueron, tal vez, mis primeros años. No para relatarlos —el relato sería incierto y poco interesante—, sino para extraer de ellos algún que otro rasgo posible de la infancia permanente. No creo por supuesto que mi existencia personal sea nada ejemplar. Pero lo único que tengo a mano como primer material de ejercicios son esas briznas de recuerdos y esas paradojas subjetivas.

La primera regla, para intentar aproximarnos al espíritu de la infancia, es sacar materia prima de lo que uno ha vivido, de lo que queda de ello, de lo que se puede exhumar. De ese material es de lo que hay que fiarse, más que de los discursos de los doctos.

De hecho, a lo mejor es muy simple. Podría incluso ser tan simple, tan primigenio, tan permanente, que por eso mismo resultase un principio prácticamente imposible de decir. El único medio de hablar de él consiste en ejercitarse, entrenarse, intentar designar ese lugar vital, descubrir dónde está, y comprender qué se puede hacer con él. Sin demasiadas ilusiones, pero con constancia, obstinación y afán.

Este recorrido voluntariamente subjetivo no tiene la intención de forjar una teoría de la infancia. Ni de elaborar su concepto. Porque no se trata, justamente, ni de teorías ni de conceptos, sino de lo que hay debajo, o más acá.

Supongo que el espíritu de la infancia está más acá de los conceptos. Pero también más acá de la palabra, de la razón y del tiempo. Ese «más acá» es la condición de posibilidad de lo demás, es decir, de todo.

Ocuparse de ello adopta varias formas.